

Las Jornadas de diciembre de 2001^a

GUILLERMO ALMEYRA *

RESUMEN: Este ensayo presenta un acucioso análisis histórico de las jornadas decembrinas del año 2001 en Argentina. Identifica sus causas, alcances y consecuencias ubicando su significado en el contexto nacional y mundial.

Palabras previas

Empecemos por definir los conceptos que utilizaremos para analizar los acontecimientos de diciembre de 2001 que un sector de la izquierda política argentina ha definido como “insurrección” o “argentinazo”.¹

Formalmente, para el diccionario de sinónimos² de la lengua castellana, insurrección quiere decir “asonada, alzamiento, sublevación” y tiene así no sólo connotaciones políticas sino también militares. En el caso de los diccionarios más autorizados, una insurrección equivale a un “levantamiento”, a una “sublevación” (Esparsa) o a un “alzamiento”, una “rebelión de un pueblo o de una nación” (Casares). En ningún caso el estallido social de diciembre de 2001 entra en estas definiciones: no fue, en efecto,

^a Ponencia presentada en la Universidad de Tucumán en agosto de 2007.

* Durante más de década y media, editor de la revista de la ONU, *Ceres*. Premio *Sergio Bagú* a la trayectoria académica y Premio Nacional de Periodismo. Desde 1948, ha publicado ensayos en diversos medios periodísticos, revistas y libros en Argentina, Brasil, Francia, Italia y México. Doctor en Ciencias Políticas y Maestro en Historia por la Universidad de París. Miembro nivel III del Sistema Nacional de Investigadores mientras laboró en la UAM.

¹ Algunos llegaron incluso a ver en ellos el comienzo una revolución obrera anticapitalista a pesar de que la clase obrera como tal –no múltiples obreros como individuos– y los objetivos de ésta o el anticapitalismo tuviesen escasísimo peso en ese período.

² Michel Doezis, 1990, LIPSA, Madrid.

ni una asonada o alzamiento de unidades de las fuerzas armadas regulares ni una sublevación general ciudadana porque “un pueblo o una nación” no se rebelaron contra el poder queriendo sustituirlo puesto que sólo estallaron en esa fecha algunos sectores sociales, masivos pero minoritarios, en unos pocos centros urbanos de un país donde la derecha neoliberal continuó teniendo un gran consenso político (como se demostró después en las casi inmediatas elecciones generales) que contrastaba con la muy escasa influencia de las tendencias anticapitalistas.³

Creo, por lo tanto, que es necesario definir con precisión las causas previas, a plazo medio y corto, la magnitud y la extensión del estallido, su composición social, alcance geográfico, las relaciones existentes o tejidas en ese momento entre las zonas urbanas y las rurales y entre la Capital Federal y sus suburbios y el interior del país. Sobre todo, a mi juicio, es necesario precisar cuál era el nivel de conciencia política y de decisión de quienes protagonizaron hechos tan importantes, cuál era el consenso de que gozaba el capitalismo en esos momentos, en sentido general y entre los mismos protagonistas del estallido social, así como cuál era su grado de simpatía por las tendencias de izquierda o su organización en partidos que se autoproclamaban socialistas en el momento del estallido.⁴

El objetivo de las escuetas notas siguientes es:

1. Ubicar los acontecimientos de diciembre de 2001 en su contexto nacional y mundial (fase de la resistencia a las políticas del capital financiero internacional y de la oligarquía, movimientos sociales latinoamericanos que constituyen aliento y precedente para el estallido de diciembre, transformaciones sociológicas en las clases trabajadoras y cambios en la demografía, geografía social, y la conformación de alianzas de clase);

³ Ver al respecto Guillermo Almeyra, *La Protesta social en Argentina. 1990-2004*, 2004, Ediciones Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, en particular capítulos 4, 5 y 7.

⁴ Si creyéramos que diciembre de 2001 fue algo así como un comienzo revolucionario interrumpido, una especie de febrero de 1917 ruso abortado, habría que explicar porqué el total de las seis listas de la izquierda en las elecciones de octubre de 2001, que llegaba a 20% de los votos, dos meses antes de los hechos de diciembre, prácticamente se derritió como nieve al sol, a pesar del auge de los piquetes y de las asambleas y de los gritos de “¡que se vayan todos!”, en las elecciones del 27 de abril del 2003. Nacionalmente, Izquierda Unida, apoyada por el Partido Comunista, por ejemplo, había conseguido en octubre de 2001 574, 900 votos: dos años después de diciembre de 2001 tuvo sólo 332 836 (1.72%); el Partido Obrero en 2001 había conseguido 241, 300 mientras que en 2003 logró apenas 217, 385 (0.72%). Sería el primer caso en el mundo de una “semirevolución obrera” que no cuenta con el apoyo de la mayoría de los obreros ni de los sectores explotados y que, lejos de reforzar la izquierda y a pesar de las grandes movilizaciones, ve retroceder organizativamente a quienes proclaman el socialismo.

2. Estudiar las asambleas populares y los piqueteros (su subjetividad, el sentido de sus consignas, el nivel de sus reivindicaciones, su discurso y su tipo de organización, su relación con el aparato estatal);
3. Analizar brevemente el movimiento obrero tradicional y el papel de los sindicatos;
4. Estudiar los componentes y el mecanismo de la recuperación de las empresas cerradas por los patrones, el nivel de conciencia política de los trabajadores en autogestión, sus expectativas y objetivos declarados, los límites de su independencia del aparato estatal, y, por último,
5. Formular una breve caracterización del estallido social masivo de diciembre de 2001 y de sus consecuencias actuales.

I

Uno de los principales defectos de muchos análisis sobre la realidad social argentina es que estudian los fenómenos nacionales haciendo total abstracción del hecho de que el capitalismo es un sistema mundial cuyas expresiones locales, en cuanto a las características y los ritmos, depende de la densidad históricocultural y de las tradiciones y organización de las clases explotadas, las cuales determinan las formas y tiempos de la lucha contra ese sistema pero en el marco de la fase que vive el mismo.

La fase actual del capitalismo se caracteriza por la culminación de la tendencia a la mundialización que lo caracterizó ya desde su origen en los siglos XIV-XV. La plena incorporación al mercado mundial de trabajo y de mercancías de dos países tan inmensos y poblados como China o la ex Unión Soviética agrava hoy enormemente la concentración de la riqueza y del poder mundiales en manos de poquísimas empresas transnacionales que mantienen entre sí relaciones de competencia-colaboración oligopólicas, acaba con la posibilidad del pleno empleo incluso en los países industrializados o carentes de mano de obra, como la Argentina, y tiende a deprimir los salarios en todo el mundo, ante la abundancia de mano de obra no calificada y socialmente desprotegida, que aumenta constantemente con los “excedentes” o “trabajadores superfluos” resultantes de la tecnificación y de la mayor productividad.

Lo que pasó en la Argentina a partir de la segunda mitad de los años setenta, y en particular durante los gobiernos de Carlos Menem, no se debió de modo exclusivo al carácter criminal de las políticas de la dictadura militar y de sus sucesores sino también y fundamentalmente a la aplicación por aquélla y éstos de la política del capital financiero internacional que dirige la actual mundialización del capital.

La misma se caracteriza por una ofensiva brutal contra toda clase de solidarismo (sindical, mutualista, comunitario, familiar), por una rebaja permanente de los salarios reales y de las conquistas sociales y salarios indirectos, por la integración de la vida rural bajo la férula del capital, por el aumento simultáneo de la extracción de plusvalía relativa (con la tecnificación en permanente renovación) y de la plusvalía absoluta (con el brutal alargamiento de la jornada laboral), por el fin del pleno empleo, por la destrucción de cualquier traba a la libre acción del mercado (sindicatos, leyes sociales, cultura histórica, modos de vida y de consumo tradicionales), por el aumento continuo de la heterogeneidad de la clase obrera (obreros del Estado “protegidos” o de la industria privada, “desprotegidos”, trabajadores “en blanco” y otros “en negro”, ocupados y desocupados, emigrantes nacionales e internacionales y nativos), por los cambios profundos en las clases oprimidas y explotadas, la polarización de los sectores de las clases medias subalternas, el fin del Estado asistencial y su sustitución por el Estado Nacional de Competencia,⁵ por la expulsión de la política por el mercado y por la sumisión de ésta a la economía.⁶

Como resultado del desplazamiento de las industrias hacia otras zonas o países con costos inferiores o de la liquidación de las industrias nacionales debido a las importaciones, en las grandes ciudades ha disminuido relativamente –y a veces de modo absoluto– el proletariado industrial, que estaba concentrado antes en grandes fábricas, y con él se cerraron miles de talleres subtratantes y de pequeños negocios de barrio, lo cual cambió la estructura demográfica y social de los centros urbanos, en los que vastas zonas son barrios residenciales de una minoría cada vez más ostentadamente rica y separada por su nivel económico, sus gustos y su cultura del resto de la ciudad, mientras en los barrios populares la vida se degrada y pesa cada vez más la precariedad (villas, ocupantes, sin trabajo) al tiempo que disminuye la calidad de toda clase de servicios (salarios indirectos) como el transporte, las escuelas, los hospitales, los parques...

En algunos de esos barrios se concentra una población de inmigrantes, no integrados, segregados por el racismo, carentes de apoyo y a veces de la documentación legal necesaria para trabajar; de ahí surge una masa de mano de obra barata, eventualmente disponible, siempre desechable, para los trabajos no calificados. Aunque la Argentina es un país poco poblado, este factor se añade a la tendencia mundial del capital a aumentar desmesuradamente el horario de trabajo y es uno de los factores que hace imposible ya el pleno empleo.

Todo esto pesa sobre el imaginario de las clases medias y ricas como temor a la inseguridad y al crecimiento

de la delincuencia que lleva a exigir más policía y, por consiguiente, empuja hacia la derecha al cuerpo social, favoreciendo el racismo y la xenofobia y dividiendo incluso a los asalariados entre nativos y extranjeros, ocupados y desocupados. El vaciamiento de los sindicatos (y, por lo tanto, el mayor peso en ellos de la burocracia sindical, que tiende a perpetuarse y no sufre la presión de sus bases) va unido a la destrucción de los lazos solidarios y de las visiones comunes, de clase.

Como consecuencia del debilitamiento de la visión clasista de los explotados se refuerza la ideología de la colaboración de clases y de la unidad nacional, ya muy fuertes ya que han sido fomentadas históricamente por el radicalismo y el peronismo durante casi un siglo. Esta es la principal base del consenso mayoritario disfrutado por Raúl Alfonsín (hasta que tuvo que abandonar anticipadamente la presidencia), por Carlos Menem (que incluso fue reelegido), por el FREPASO y Fernando de la Rúa (hasta que éste tuvo que huir en helicóptero). El factor que explica por qué Mauricio Macri consigue más de 40 % de los votos en los barrios de clase media pobre es la idea central del capital financiero compartida por la mayoría de la población –la superioridad del mercado sobre la intervención estatal– y es también la tolerancia ante los latrocinios y negociados de todo tipo de los gobernantes, delitos que son considerados “naturales” y hasta “vivezas”; tales visiones del mundo hacen que los explotados y oprimidos no comprendan ni siquiera su condición y adopten como propias las ideas de sus explotadores y opresores.

La batalla ideológica, que la izquierda en todas sus versiones no libró y es incapaz de combatir dado su falso análisis de la realidad social, hasta ahora está siendo ampliamente ganada por el capitalismo y sus servidores. Silvio Berlusconi, Nicolás Sarkozy, Vicente Fox y Felipe Calderón se apoyaron o se apoyan en esta dominación y hegemonía, tal como lo hizo Menem o el dúo De la Rúa-Cavallo hasta la explosión de diciembre de 2001, que fue el lógico desenlace de la misma política. La izquierda desde hace rato parece creer que la acción política se reduce a la mera agitación sindical y reivindicativa, separada de una propaganda socialista general que no tiene relación alguna con las propuestas políticas concretas. A este hecho se une su esterilidad cultural pues no ha producido ni una obra

⁵ Joachim Hirsch, *El Estado Nacional de competencia-Estado, democracia y política en el capitalismo global*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, México, 2001.

⁶ Ver el capítulo “La Argentina en el mundo, el mundo en la Argentina” de Guillermo Almeyra, en *La Protesta Social en Argentina 1990-2004*, Ed. Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2004.

significativa de análisis de la cuestión agraria y rural, del problema cultural, de la estructura y formación político-cultural de las diversas clases medias, urbanas y rurales, del interior y de la capital, en la Argentina.

En esta situación, los sectores estudiantiles y las clases medias cultas están a merced de las modas reaccionarias del posmodernismo y del apoliticismo estéril y la gran burguesía sigue imponiendo a todos sus ideas de modo tal que consigue recuperar el control de las clases medias después de la radicalización coyuntural, como a mediados de los setenta o en el 2001, de una parte importante de las mismas. Estos sectores de las clases medias son sensibles al problema de la democracia y de la corrupción, cuando ésta las afecta, pero el abandono de la política y la vociferación de que “todos son iguales” las desarma y deja sin perspectivas.

De todos modos, en determinadas condiciones, sobre todo cuando los derechos democráticos más elementales están en juego, las clases medias urbanas se unen a los movimientos sociales que implícitamente son antagónicos frente a las políticas del gran capital. Así sucedió en México con las movilizaciones contra la represión militar del levantamiento zapatista de 1994 o en la Argentina en 2001 al decretar el gobierno el Estado de Sitio. “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” fue una consigna efímera, que desapareció junto con los cientos de miles que participaban en las Asambleas Populares o simpatizaban con ellas y estaban dispuestos a cambiar el territorio de la ciudad de Buenos Aires. Pero, con gran parte de los grupos piqueteros o cooptados por el gobierno y hasta por la derecha, como el de Castells, o separados de la lucha por una solución política a los grandes problemas del país (educación, fuentes alternativas de trabajo seguro, problema de la soja y agrario en general, por ejemplo), las clases medias más pobres no saben cómo manifestar su descontento social y político y resurgen entonces en primer plano los clásicos canales institucionales que drenan esa protesta potencial. Entonces, hartas de corrupción, de desigualdad, de ineficiencia de los gobernantes “progresistas” de origen peronista, del doble discurso, de la impotencia de los que hablan de “defender a la Patria” y no tocan ni a la oligarquía ni a las transnacionales, pueden ir masivamente a las urnas, pero para votar a los reaccionarios disfrazados de apolíticos y que insisten en el mercado y en el primero yo que esos sectores comparten. Para que así no sea, deberá aparecer un objetivo anticapitalista superior, hecho suyo por un sector importante de la clase obrera, por disminuída que la misma esté desde el punto de vista numérico, y con objetivos programáticos antisistémicos claros y factibles, para que nuevamente pueda soldarse la alianza entre los trabajadores manuales de todo tipo y las clases medias pobres.

La lucha sindical no puede ser, por lo tanto, sólo gremial, corporativa, como en gran parte sigue siendo incluso la de los cuerpos de delegados y agrupaciones que se proclaman combativas y clasistas sino que debe unirse a un combate contra el poder del capital y por otro proyecto de país. Y la propaganda socialista general debe unirse a una batalla por dar respuestas concretas anticapitalistas, inmediatas y factibles, a los grandes problemas, colocando esos combates parciales en una orientación socialista, la de la Utopía posible, para utilizar las palabras de Ernst Bloch.

Sin embargo, es necesario recalcar, para evitar el pesimismo y el fatalismo que ostentan muchos derrotados antes de luchar, que la tendencia general –la hegemonía de la burguesía y de sus políticas neoliberales, la reducción al mínimo de los grupos que sostienen ideas socialistas– ni excluye el conflicto, ni elimina las contratendencias y, por el contrario, convive con tendencias opuestas, aunque minoritarias que se apoyan en sectores sociales (indígenas, campesinos, sectores obreros y artesanales) para luchar por la autonomía, la autogestión, la transformación política de sus países.

II

Las Asambleas Populares surgieron en Buenos Aires –y un poco también en La Plata, Mar del Plata, Rosario, Córdoba, Bahía Blanca– y no llegaron a ser un fenómeno nacional. Estaban integradas por distintos sectores sociales –desocupados, trabajadores e incluso obreros, clase media pobre, profesionales, estudiantes, algunos sectores incluso pertenecientes a las clases dominantes– que confluían en ellas por muy distintos motivos (repudio a la prepotencia del gobierno que había declarado el golpe de Estado, odio a la corrupción de la camarilla política, opción cristiana por los pobres u odio a quienes habían congelado las cuentas bancarias, en el caso de los que las tenían, o a los que habían provocado una crisis económica sin precedentes). El odio al capital financiero nacional e internacional (los bancos y los aprovechadores nacionales de la crisis) y el deseo de un cambio radical unían esos sectores heterogéneos. La declaración del Estado de Sitio fue el agravio final que desató la explosión social preparada ya en la clase media capitalina pobre por el corralito y en otros sectores, por la desocupación. Si se ve el mapa de las Asambleas Populares se puede comprobar que no aparecieron sobre todo en los barrios suburbanos ni en los tradicionalmente más pobres de Buenos Aires, muy aplastados por la crisis y asustados por los asaltos a los supermercados (en los que, a río revuelto, trataban de sacar provecho sectores duhaldistas del peronismo).

Esas Asambleas movilizaban directamente,⁷ en el mejor de los casos, cerca de 100 mil personas en la Capital e, indirectamente, influían sobre 400 o 500 mil habitantes y, por lo tanto, constituyeron un fenómeno político y social de enorme importancia local y de gran repercusión simbólica nacional. En ellas se discutía todo en modo creativo y fuera de las normas oficiales o tradicionales, desde la política internacional hasta qué soluciones concretas encontrar a cada uno de los problemas del barrio y de la economía, empezando por la desocupación. En ellas participaban quienes quisieran, sin otro requisito que ser vecino. Recuperaron lo público y el uso democrático del territorio, sacaron a decenas de miles de personas de su aislamiento y socializaron los problemas, buscaron soluciones por su cuenta prescindiendo del aparato estatal. En ese sentido incluso se liberaban del poder del Estado y lo enfrentaban desde lo local, discutiendo ese poder. Pero no llegaron a ser ni siquiera gérmenes relativamente estables de poder popular y menos aún Consejos que se planteasen la tarea de gobernar junto a los piqueteros, por los cuales sentían simpatía, pero con quienes no tenían lazos políticos ni organizativos, entre otras cosas porque los piqueteros eran tan o más heterogéneos que ellas y actuaban fuera de la Capital o en barrios donde las Asambleas no funcionaban. La pretensión de diversos grupúsculos izquierdistas de manejar o copar las asambleas y las disputas entre ellos en el seno de las mismas terminaron por alejar de las Asambleas Populares a quienes no eran activistas de ninguna tendencia, o sea, a la mayoría de sus componentes y reforzaron el desprecio por la política en general que era uno de los componentes culturales de dichas Asambleas, las cuales hacían política despotricando contra ella.

La protesta plebeya de las A.P., a pesar de las declaraciones de algunas de ellas, no tenía un contenido anticapitalista. Era una protesta democrática, contra la prepotencia, la violencia estatal, la corrupción, la desocupación y el robo perpetrado por los financistas. Era una protesta de la pequeña burguesía contra la grande, no de los explotados contra los explotadores.

La consigna “¡Que se vayan todos, que no quede ni uno!” primero que nada no estaba dirigida solamente contra los partidos tradicionales sino contra todos los llamados políticos, incluyendo los de la izquierda y la ultraizquierda. En segundo lugar, estaba lejos de ser una consigna revolucionaria, como llegó a decir *Marcos* en nombre del EZLN, porque era en cambio una imprecación desesperada. No se gritaba “¡Vamos a echarlos a todos!” sino que se pedía que algo independiente de la voluntad popular —la peste, un terremoto, un rayo celeste o la aún más improbable vergüenza de los malditos— los hiciera desaparecer. Era una consigna que reflejaba, sí, hartazgo

y odio, pero también confusión, impotencia y aceptación, todavía, del marco capitalista.

La lucha de los piqueteros, aunque otros piensen lo contrario,⁸ no está tampoco en un plano subjetivamente anticapitalista aunque, desde un punto de vista objetivo, obstaculicen los planes del capitalismo actual, que es el único “realmente existente”. Los piqueteros son obreros desocupados en búsqueda de un trabajo digno y efectivo, son una expresión de protesta contra el gobierno, no contra el capital. No se ven, por otro lado, como parte del Estado, dándose la tarea de transformarlo o de crear otro, sino como súbditos abandonados por el poder central, al cual reconocen al pedirle constantemente comida, asistencia, trabajo.⁹

Para ahorrar tiempo y trabajo reproduciré aquí lo que escribí en un libro antes citado:¹⁰

⁷ En marzo de 2002 habían en la Capital 77 A.P., 52 en el Gran Buenos Aires, 40 en la provincia de Santa Fe y 20 en la de Córdoba, con un promedio de participantes cercano a cien personas (Eduardo Lucita, *Cuadernos del Sur*, número 33). Los barrios porteños de clase media y media alta tenían la mayor cantidad de asambleas (10 en Belgrano, 7 en Almagro, 7 en Palermo, 6 en Flores. Había una sola asamblea en Villa Soldati, en Villa Real, en la Villa 31 y 31 bis, en Villa Mitre y en Villa Luro) (Centro de Estudios para una Nueva Mayoría, cit. por Daniel Pereyra en *Argentina Rebelde*, p. 149)

⁸ Raúl Zibechi (*Genealogía de la revuelta Argentina: la sociedad en movimiento*, 2003 Letras Libres-Nordau, La Plata-Montevideo) sostenía: “Postulo que el movimiento piquetero forma parte de un amplio proceso social en el cual se está formando una nueva clase obrera (...) Se trata de una clase obrera diferente tanto de la que conocimos durante la industrialización como de la del período artesanal. Estamos presenciando la conformación de una tercera clase obrera: la primera tuvo como eje el sindicato de oficios, la segunda el sindicato de masas y la tercera parece (sic!) girar en torno de la organización territorial compleja” (p. 171). En mi libro ya citado sobre *La Protesta Social en Argentina* de 2004 comenté que esas afirmaciones no tienen en cuenta que las clases no dependen del tipo de organización, por otra parte de una minoría sindicalizada en los sindicatos de oficio y aun en los de industria, sino que son una relación social y se redefinen unas respecto a otras; además el obrero es tal por su tipo particular de trabajo dependiente, no por su vida en el barrio y, por último, la formación de una nueva clase no parte de un movimiento político social como los piqueteros. Éstos, por otra parte, por importante que sea su lucha como expresión de la resistencia a las políticas capitalistas y de un proceso de toma de conciencia política, son muy minoritarios con respecto a los trabajadores ocupados y a los sindicalizados, a pesar de la terrible desocupación y de la gran desafiliación de los sindicatos. Eso no quita importancia a las transformaciones sociales y culturales resultantes de una desocupación que ya es estructural ni al papel del territorio como eje de la reorganización de las clases dominadas, pero no hay que mezclar las cuestiones...

⁹ Por eso no faltaron organizaciones que, en un primer momento, condenaron a los piqueteros porque pedían bolsones al Estado... para terminar creando sus propias organizaciones disciplinadas sobre la base de la entrega de bolsas de comida.

¹⁰ Guillermo Almeyra, *La Protesta Social en Argentina- 1990-2004*, ed. Peña Lillo-Continente, p. 138.

“Los piqueteros y sus organizaciones territoriales surgieron aprovechando varios factores. El primero fue el asistencialismo del Estado pues desde el gobierno de Raúl Alfonsín con su Plan Alimentario Nacional (PAN) creado en 1985 y dirigido a los barrios aparecieron los subsidios que el peronismo, a partir de Menem, aprovechó durante mucho tiempo para establecer redes clientelares mediante sus “manzaneras” y sus “punteros”. El segundo es la división y la crisis del peronismo que rompió la unidad de conducción del mismo y la seguridad de los “punteros” y que dificultó la aplicación concentrada de los planes asistenciales, incluso en la provincia de Buenos Aires donde Hilda “Chiche” Duhalde, mujer del gobernador y después presidente, Eduardo Duhalde, tenía y tiene aún un vasto dispositivo clientelar. Muchas “manzaneras” y “punteros” peronistas o radicales pasaron así a ser piqueteros. El tercero es la existencia de una vasta red de ex trabajadores ocupados que habían pasado por el sindicalismo de base y por duras experiencias de lucha pero que tenían una educación política verticalista y creían en los líderes. El cuarto es el surgimiento de estos últimos, pero en el barrio, donde residen y viven modestamente y a la vista de todos a diferencia de los burócratas sindicales peronistas que viven como magnates separados físicamente de sus bases para que nadie los controle. El quinto fueron los estallidos sociales en el interior, que dieron ejemplo y estímulo a la creación de estas organizaciones obreras inéditas, proletarias por su composición y por la mayoría de sus cuadros, pero ampliadas, porque incorporaban a gente que jamás había podido trabajar por salario y a una masa de mujeres, que dieron origen a los primeros piquetes, y que se arrancaron del hogar. El sexto, por último, fue el mimetismo sin principios de las organizaciones de izquierda que adoptaron métodos y estructuras del peronismo que estaban totalmente separados de las posiciones políticas que proclaman. En efecto, han incorporado también punteros y manzaneras, pasan listas a sus afiliados para obligarlos a ir a las manifestaciones so pena de no darles la bolsa de comida y la subvención monetaria del Plan, que adjudican y administran como las más caudillescas de las organizaciones peronistas. Naturalmente, aunque critiquen fuertemente al gobierno, dependen del Estado para mantener su clientela exigiendo con sus manifestaciones una cuota mayor de Planes Jefes y Jefas de Hogar.”

Como no elevan la conciencia de “sus” piqueteros, gran cantidad de éstos votan por el peronismo (o por la derecha) y los que se proclaman socialistas sacan muchos menos votos que los contingentes que pueden poner en la calle en la disputa interburguesa, por ejemplo, manifestando junto al “ingeniero” Blumberg, representante del ala más agresiva de la ultraderecha en la Capital, o a los radicales, en Santa Cruz.

Desde el punto de vista de la conciencia política ni en su momento de auge ni actualmente, los principales grupos piqueteros pueden ser caracterizados seriamente como anticapitalistas. La cooptación de los mayores de ellos (Corriente Clasista y Combativa, Federación Tierra y Vivienda) o la evolución del grupo de Castells fue posible precisamente porque, si bien los piqueteros disputan el territorio, reconquistan los espacios públicos y politizan la lucha por un puesto de trabajo, lo hacen con una visión que no supera el marco de la construcción de un Estado asistencial distribucionista; o sea, no van más allá de las ideas básicas de la política “nacional y popular” del ala no menemista del peronismo y, en su funcionamiento interno, están marcados por el verticalismo y el caudillismo.

El mismo sector “autónomo”, independiente y combativo, muy interesante y respetable, como los salteños de Tartagal, gira en torno a algunos militantes-caudillos y su horizontalidad en las decisiones no es realmente tal porque las mismas dependen de pocas personas (las cuales evidentemente deben contar con el consenso de sus compañeros, que previamente buscan) y las luchas y resoluciones no se integran en objetivos más amplios políticos y sociales, ya que esos grupos luchan aún sobre todo por proyectos de trabajo y de capacitación profesional. Tienen así un papel fundamental como ejes de una lucha plebeya por la democratización de la vida política provincial, dominado por el poder autoritario al máximo de una vieja y una nueva oligarquía pero no pueden aparecer como eje ni local ni nacional de una transformación social del país ni se plantean una política de alianzas que permita la socialización de las experiencias.

Ya que la desocupación sigue siendo masiva (aunque se haya reducido sobre todo entre los trabajadores calificados y adultos) y que la política capitalista actual excluye el pleno empleo y la industrialización masiva de un país poco poblado y, por lo tanto, con escaso mercado interno, escasas inversiones en la producción industrial para el consumo, y dependiente de exportaciones con escaso valor agregado y que están en manos de pocas decenas de capitalistas, los piqueteros no desaparecerán ya que siempre habrá, sobre todo, jóvenes y mujeres que preferirán resistir a soportar pasivamente la miseria. Pero el movimiento de los piqueteros en ningún momento pudo ser el eje, junto con las Asambleas Populares, de un gobierno anticapitalista ya que no sólo no es un movimiento único y coherente sino que tampoco, en su militancia, va más allá de reivindicaciones democráticas y asistencialistas. Es más: con la reanimación y democratización en marcha del movimiento sindical tanto los piqueteros como las Asambleas Populares que aún existen, han pasado a un segundo plano en las luchas sociales y han perdido parte de la influencia política que tenían en 2002.

III

A partir de los sindicalistas revolucionarios de los años 1920-1930, que eran “apolíticos” pero negociaban sin problemas con el gobierno radical y que trataban de utilizar el sindicato como un partido sui generis, el movimiento obrero argentino tuvo como centro político a las organizaciones sindicales, como en la España anterior a la Guerra Civil, con la CNT, o en la Francia anterior a la Primera Guerra Mundial. El 17 de octubre tuvo como eje los sindicatos, la elección de Perón a su primera presidencia se basó en el Partido Laborista, dirigido por el ex sindicalista revolucionario telefónico Gay y por el ex anarquista de la carne Cipriano Reyes. Ante los sucesivos golpes contra Perón la CGT llegó a hablar de milicias obreras y la resistencia peronista se hizo, durante 18 años, recuperando los sindicatos y cambiándoles las direcciones. Esos sindicatos no eran sólo aparatos burocráticos e instrumentos del Estado durante el peronismo. Sindicatos peronistas, como los azucareros (FOTIA), hacían huelga general contra el gobierno peronista o desconocían, durante la dictadura, las consignas de voto que quería imponer Perón. La burocracia sindical estaba fuertemente desprestigiada y durante la resistencia contra las dictaduras fue en parte reemplazada por direcciones más surgidas de la base y en parte incluso por otras democráticas, clasistas. Pero la relación con los sindicalizados de algunas de las direcciones burocráticas de gremios importantes se mantiene pese a todo en la medida en que han podido aprovechar el papel estratégico de su sector (por ejemplo, los camioneros) en el capitalismo del *just in time* para mantener el empleo y, en cierta medida, los salarios reales, al mismo tiempo que obtienen de esa situación privilegios materiales y políticos.

De todos modos, en los momentos de crisis política, los sindicatos, que reúnen sólo a un sector minoritario de los trabajadores y excluyen a los desocupados y a quienes trabajan en negro, tienden a ser superados, reemplazados o en parte transformados por formas nuevas de organización (consejos de fábrica, cuerpos de delegados, listas de activistas, frentes de militantes político-sindicales que trabajan en diversas realidades territoriales). El corporativismo y la integración en el aparato estatal de los sindicatos burocratizados no están presentes en estas nuevas formas, pero aún sigue vigente en ellas la visión gremial, no política nacional, capaz de integrar las luchas reivindicativas concretas en un proyecto de reconstrucción del país con otros sectores de clase o con sectores de las clases medias, en alianzas locales, democrática, sobre la base del territorio. Ahora estos sectores tienden a ser la punta de lanza de la reconstitución lenta y paulatina de la fuerza política de la clase obrera, en las nuevas condiciones de desocupación estructural (de fin de la ideología del pleno empleo) e incluso de división —como

en Europa— de la clase obrera, ya que hay un vasto sector en negro, en el que trabajan además gran cantidad de extranjeros (bolivianos, chilenos, paraguayos) que no aparecen esa esa lucha democratizadora ni en las nuevas direcciones y que hay que integrar en la lucha por un proyecto nacional y en el cual los sindicatos tienen escasa incidencia y todavía no han hecho siquiera un aporte programático, como fue en su momento el Programa de Huerta Grande y La Falda. Durante la dictadura de la llamada Revolución Libertadora, o el Programa de Pulacayo minero-estudiantil, en Bolivia.

IV

Las fábricas recuperadas, cuando se reduce la desocupación entre quienes anteriormente estuvieron ocupados y el mercado se recompone y se hace más competitivo, sufren una doble presión.

En efecto, por un lado sufren la de la competitividad, que implica renovación tecnológica, control de calidad y tiempo de entrega del producto, horarios de trabajo más prolongados en los períodos de punta y presiona a las cooperativas a funcionar como empresas capitalistas sin capitales ni capitalistas e incluso a tomar obreros que no son cooperativistas. Esta presión, al mismo tiempo, agrava problemas de corrupción interna (por ejemplo, falta de aplicación en el trabajo, falta de “patriotismo de empresa”, reproducción de las relaciones antes existentes bajo los patrones).

Por otro lado, el sector de las empresas recuperadas no se sigue extendiendo y pierde al mismo tiempo apoyos sociales en su entorno vecinal o gremial, mientras depende cada vez más de la voluntad política de las autoridades locales, que deben financiar en parte las empresas, o apoyar la expropiación de los patrones por motivos de utilidad pública poco evidentes en centros de trabajo de pocas decenas de personas.

Ante la evolución política hacia la derecha de las clases medias urbanas, el cambio de la tendencia en el mercado de trabajo y el escaso peso numérico del sector de las empresas recuperadas, las autoridades también tienden a sacrificar el sector de las fábricas recuperadas o a integrarlas en un aparato clientelar local, lo cual, a mediano plazo, las condena a muerte.

Las ocupaciones de fábricas y empresas para hacerlas producir bajo gestión obrera tuvo la importancia enorme de desconocer de hecho el sacrosanto derecho a la propiedad, que es la piedra jurídica angular del sistema capitalista y de contraponerle, también de hecho aunque a veces incluso explícitamente, el derecho al trabajo y la factibilidad de producir sin patrones. Sin embargo, ni siquiera la mayoría de los que recuperaron las empresas tenían esa conciencia y la recuperación de las mismas no se hizo sobre la base de

un impulso y una conciencia anticapitalistas. En realidad muchos lo hicieron como una reacción elemental ante la pérdida de la fuente de trabajo. Sabían, en efecto, que una hipotética liquidación les bastaría sólo para algunos meses, que no había demanda de trabajadores poco calificados o de edad madura. Por eso entre los ocupantes no estaban sólo los trabajadores anticapitalistas, un puñado políticamente importante pero muy minoritario, sino también los menos preparados o productivos. A veces, incluso, las ocupaciones, como la del Bauen, se hacían mucho después del cierre de la empresa y eran obra de activistas más que del personal de la misma. De modo que, si bien algunas empresas combatieron una lucha, defensiva pero de gran importancia social y política, otras se encerraron casi pasivamente en la defensiva y pasaron a depender de las resoluciones legales de expropiación o de fallos judiciales. De modo que el sector, además de ser poco numeroso desde el punto de vista de la cantidad de obreros (que no supera los 10 mil sobre un total de 12 millones 300 mil personas en edad de trabajar en todo el país), es sumamente heterogéneo y en el mejor de los casos tiene un peso sobre todo político en el territorio donde está situada la empresa (algunas de las cuales, como el Bauen, tienen algo así como una “renta política de posición”).

En lo que va de esta importante experiencia de autogestión, a pesar de los grandes esfuerzos de algunos dirigentes del sector, salvo en algunas empresas emblemáticas, como entre otras la Zanón, en la mayoría de las empresas recuperadas el balance económico y ocupacional ha sido positivo, pues los trabajadores han logrado mantenerlas en funcionamiento, pero el político—construcción de un nivel más elevado de conciencia y de participación colectiva—ha avanzado muy poco. Además, una parte importante de este sector depende de la Pastoral Social de la Iglesia Católica y otra de la benevolencia de las autoridades de municipalidades o provincias. Subsiste pues el peligro de destrucción

de esta anomalía política —las empresas recuperadas y en autogestión— sea por resoluciones judiciales y acciones represivas de administraciones locales reaccionarias, sea por la transformación de estas empresas en cooperativas de tipo tradicional que actúan en el mercado igual que las privadas y, para competir con tecnología obsoleta, superexplotan a los asociados o incluso a trabajadores contratados.

V

¿Cómo definir entonces lo que algunos, exageradamente a mi juicio, llaman “argentinazo”?¹¹ Creo que la hegemonía cultural la mantiene la burguesía pero que los sectores más politizados de los movimientos sociales han radicalizado el nacionalismo de Yrigoyen y de Perón y son ahora nacionalistas antiimperialistas, aunque con restos importantes de chauvinismo y xenofobia y de inconciencia pero no insensibilidad frente a los procesos sociales latinoamericanos. En diciembre del 2001 vastos sectores pusieron en cuestión la dominación capitalista, no el sistema. En esa grieta fundamental, aunque en parte se ha cerrado con la mejoría de la situación económica y financiera de las clases medias urbanas más acomodadas y de algunos sectores obreros, es posible y necesario cultivar. Es decir, hacer un trabajo de clarificación política y programática, definir qué sucede en este país, sector por sector, explicar cuál es la base del poder capitalista —la alianza sojera-terratiente-exportadora—, analizar con precisión qué pasa en las distintas capas de los trabajadores y explotados, qué pasa en el campo cultural y de las ideas, realizar un trabajo colectivo de discusión y definición de los problemas desde un punto de vista socialista, realizar alianzas sobre bases programáticas claras, no conchavos sin principios que duren dos días, hasta la primera pelea, hacer al mismo tiempo frentes sindicales-políticos aunque sea en torno a pocos puntos fundamentales: independencia política de los partidos, de la Iglesia y del Estado, democratización sindical y lucha antiburocrática, organización de base y no autoritarismo de las “vanguardias” auto proclamadas, visión nacional e internacional de los problemas para evitar el sindicalismo puro o el corporativismo, solidaridad con otros sectores no organizados (desocupados, indígenas, campesinos de todo el país y de América Latina), formación de cuadros...

Lo que pasa en la Argentina y lo que podría pasar en la próxima fase de desastre ambiental generalizado, de extensión de la “guerra preventiva” imperialista contra Irán, Venezuela, Cuba, China, de posibilidad de recesión económica mundial en ciernes, desborda por completo el motivo de esa ponencia. Creo que se ganaría mucho discutiendo ese dónde estamos para saber qué podríamos hacer, pero eso es materia de otra discusión.

¹¹ El “azo” es impreciso. Si se habla de “cordobazo”, “rosariazo” o “santiagazo” se define un tiempo y un espacio limitados, locales y se marca una diferencia con el resto del país. Si se habla de “rodrigazo” como respuesta a la política del último gobierno peronista que después siguieron aplicando las dictaduras militares y los gobiernos raciales y peronistas ya constitucionales, se sobreentiende un estallido nacional sin continuidad. Un “argentinazo” presupondría que la explosión social en la Capital y en el Gran Buenos Aires no hubiese sido sobre todo local, dada la gran participación en ella de sectores importantes de las clases medias. Ahora bien, a diferencia de lo que pasó en Bolivia, el derribo de varios gobiernos no estableció una situación latente de doble poder permanente, no condujo a la victoria aplastante en las elecciones de la izquierda social organizada ni a una Asamblea Constituyente, ni im puso un gobierno apoyado en el movimiento social, sino que llevó a Duhalde, mantuvo el enorme peso político de las derechas y condujo a Kirchner, ex menemista, ex duhaldista, maniobrero en la tormenta social.

Bibliografía

- ◆ Almeyra, Guillermo, *La Protesta Social en Argentina-1990-2004*, ediciones Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2004.
- ◆ Doezis, Michel, Lipsa, Madrid, 1990
- ◆ Hirsch, Joachim, *El Estado Nacional de Competencia-Estado, democracia y política en el capitalismo global*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, México, 2001.
- ◆ Pereyra, Daniel, *Argentina Rebelde*, Viejo Topo, Madrid, 2003.
- ◆ Zibechi, Raúl, *Genealogía de la revuelta argentina: la sociedad en movimiento*, Letras Libres-Nordau, La Plata-Montevideo, 2003.



Sergio Elisea, 2007.